

Contra las estéticas espurias: manifiesto de un pintor

1. Las estéticas espurias le atribuyen habilidades terapéuticas o redentoras —religiosas, existenciales, sociopolíticas— a las obras de arte. Los adeptos a estas estéticas transforman el arte en una empresa motivada por La Verdad, bastándoles elaborar ilustraciones de alguna quimera mistificante, o bien en una empresa *moralizante* que dispone sucedáneos del activismo caritativo.
2. Sin embargo, no puede negarse que, en ocasiones, estéticas espurias llegan a propiciar grandes obras artísticas. Recordemos las estafalarias y esotéricas creencias de Mondrian y cómo éstas fraguaron pinturas de una eficacia visual impactante. Curiosamente, resulta difícil aceptar justo lo contrario: que grandes obras artísticas justifiquen los fundamentos de una estética espuria. De hecho, las grandes obras artísticas a menudo eluden a sus propios creadores y a las estéticas que los motivan. Quizá toda perspectiva estética sensata debe contemplar la posibilidad de disociar intención y significado.
3. Mi maestra de escuela primaria me enseñó —como lo requería el programa de estudios oficial— que “el arte es una forma de expresión”. Aun siendo una definición insuficiente, esta proposición puede servir como una directriz sobria y discreta, siempre y cuando se evite cualquier insinuación de expresivismo terapéutico.
4. Durante su etapa tardía, al filósofo Ludwig Wittgenstein no le preocuparía más afianzar el concepto de “verdad” en el lenguaje y en la experiencia (como lo procuraban sus contemporáneos positivistas), y tampoco dictar un código ético de comportamiento (como lo harían los existencialistas). En lugar de ello, se dedicaría principalmente al análisis de la eficacia del intercambio humano. Podemos decir, aludiendo al pensamiento de Wittgenstein, que una forma de expresión es elocuente siempre que se ajusta a alguna práctica pública que le confiere sentido a la conducta individual. Dichas prácticas dependen de disposiciones y expectativas compartidas que son a su vez moldeadas por circunstancias naturales y culturales. En la jerga wittgensteiniana, las dinámicas de estas prácticas comunes significantes se conocen como “formas de vida”. El amor, el fútbol y la contabilidad son todas formas de vida, al igual que el arte.
5. La dinámica de la pintura está circunscrita por el peso de su historia, por las acotaciones de su materialidad específica y por una sintaxis plástica ampliamente desdoblada. En la pintura, como en toda forma de vida madura, presuposiciones que sostenemos a fuerza de costumbre suelen convertirse en mitos sofocantes, en clichés o artículos de fe. Una buena pintura puede trascender las intenciones de su autor y hasta su estética espuria al contribuir a la fluidez de la *forma de vida* propia de la pintura —al aceitar, afinar y renovar sus *formas de expresión*. Una pintura complaciente contribuirá apenas a la oxidación del engranaje. (¡Y cuidado con la elegancia del óxido!).
6. Entiendo mi obra como una especie de limpiador de inyectores que procura disolver partículas indeseables atascadas en la historia de la pintura reciente. Las culpables de dicha obstrucción son ciertas seudodicotomías que han pasado a ser lugares comunes de la vanguardia: formalismo/expresionismo, figuración/abstracción, forma/contenido, contemplativo/crítico, pictórico/conceptual. Con el fin de rebatir la exclusión mutua de estos términos, quisiera reubicarlos desde el interior de la práctica pictórica, a través de la articulación plástica (es decir, mediante la orquestación de una dialéctica pictórica que disuelve la falacia de exclusividad de estas dicotomías, una dialéctica que se resuelve —acaso— en la eficacia pictórica de la obra).
7. La eficacia pictórica no se mide con relación a lo que una pintura representa, sino a su desempeño dentro de sus parámetros operacionales (materiales, color, temática, montaje). En mi obra, los payasos exacerban el plano pictórico, las geishas ofrecen deleitar a la retina, los luchadores de sumo suscitan el juego plástico, los psicóticos replantean nuestra noción de expresividad pictórica, y los pintores bosquejan relaciones entrecruzadas con el espectador. En efecto, el desempeño de mis

pinturas no puede fructificar sino en virtud del juicio del espectador, juicio instigado, alimentado y atemperado por su experiencia directa de las obras. Así concluyo mi alegato.

Yishai Jusidman